

EL EVOLUCIONISMO EN EL PENSAMIENTO DE UNAMUNO

Seguramente el sabio de nuestro siglo padece una angustia del saber que apenas sentía el sabio de antaño (la propia palabra "sabio" suena ya algo extraño y distante, como un eco de culturas y épocas menos complejas). Me refiero a la dificultad —cada vez mayor— de relacionar los conocimientos, de ejercer cualquiera de las varias disciplinas de la ciencia o las humanidades con el criterio de la interdependencia de todas. El humanista de hoy puede olvidar fácilmente, por ejemplo, que las artes y letras constituyen sólo una parte de la expresión total del hombre. Parece necesario establecer, en las palabras de Martín Green, "un principio cuyo pleno funcionamiento explicaría el carácter, el contorno, la calidad de casi todas las obras de trabajo científico; que explique la ciencia como expresión de la personalidad humana, del mismo modo que lo son el arte, la política, la historia y la filosofía"¹.

La idea unamuniana de la personalidad parece haber ganado fuerza y universalidad no sólo por aventura *interior*, sino por analogía *exterior*: es decir, que el humanismo de Unamuno lo lleva a meditar de continuo las mismas *formas de expresión* enumeradas por Green —ciencia, arte, política, historia, filosofía, que junto con la religión comprenden la vasta temática de sus escritos. Unamuno es singular por su intuición y voluntad; universal por su hábil adaptación metafórica de las ciencias y letras al gran poema que es su visión del hombre. Así, lo que parece ser lo más ajeno y resistente a la poesía —la *Lógica* de Hegel, por ejemplo, o cierto "tratado de geología" que le sirvió de inspiración para el pasaje más lírico y espiritual de *Paz en la guerra*— resulta tener sustancia más poética que filosófica o científica. En el primer ensayo de los de *En torno al casticismo*, tenemos nada menos un elogio a las fórmulas ("¡Si todas las ciencias pudieran hacerse un álgebra universal...!"), pues las fórmulas son formas y todas las formas "tienen un dentro": la fórmula, como la ciencia, la historia y la vida toda, es, en fin, *metáfora*, signo preciso de alguna parte del universo —"ese vasto yo" o "todo en todos" en que cada uno y Dios se funden² en un nuevo universo imaginado.

De acuerdo con ese talante poético de su pensamiento, vemos con re-

¹ "Ciencia y sensibilidad", *Revista de Occidente*, II, 2.^a época (sept. 1964), número 18, págs. 288-289.

² *Del sentimiento trágico...*, cap. IX, en *Ensayos*, Aguilar, Madrid, 1951, II, páginas 918-919 (en adelante, *E*, volumen y número de página).

lativa facilidad como a lo largo de su camino intelectual Unamuno no solamente ha podido soportar, sino cultivar y aprovechar esa "angustia del saber" señalada al principio de este trabajo. Para él, la poesía enlaza los temas más dispares y les da su necesaria "finalidad humana". Uno de esos temas es la teoría de evolución.

I

Unamuno, por supuesto, fue uno de tantos españoles que desde el último cuarto del siglo XIX se interesaban por las investigaciones y conclusiones de Charles Darwin. Ya en 1877 había publicado Emilia Pardo Bazán sus *Reflexiones científicas contra el darwinismo*³. En ellas, la entonces muy joven doña Emilia trata de refutar la idea de que "selección natural" implique una mejora de la especie, e insiste en una absoluta distinción entre los seres humanos y las "bestias". Pérez Galdós, en *Doña Perfecta* (capítulo IX), *Fortunata y Jacinta* y aun en *Angel Guerra*, evidencia una profunda comprensión del evolucionismo— ideas del darwinismo fundidas con la metafísica de Hegel, progresión de la vil materia hasta la sublimidad de la idea (el triste fin del humillado y "enloquecido" Maximiliano Rubín ha oscurecido para muchos su victoria espiritual: "¡Dichosos mil veces, amigo mío... los que han llegado, como yo, a este grado de serenidad en el pensamiento!"). El enigmático irreverente Silverio Lanza ofrece su anécdota evolucionista del tigre que se mete con una gallina en el jardín real del emperador. La gallina pone después un huevo; el emperador mismo le calienta, y por fin sale de él un polizonte⁴. Pío Baroja, que había identificado a Darwin en *Reportajes* como uno de sus científicos predilectos⁵, templaba su pesimismo schopenhaueriano con el concepto darwiniano de "selección" o progreso biológico; Andrés Hurtado, concluía su tío Iturrioz al final de *El árbol de la ciencia*, "no tenía fuerza para vivir", y en verdad Andrés, sensitivo representante del destino humano, enfermizo que se casa con una enfermiza, inadaptado físico, psicológico e ideológico, tenía que sucumbir como cualquier otra anomalía natural.

Los retratos de Alcolea del Campo en *El árbol de la ciencia*, de Yécora en *Camino de perfección*, de Yecla en *La voluntad*, de Azorín (" el porvenir de Yecla es el porvenir de España entera"), de toda Castilla en el segundo ensayo de *En torno al casticismo*: una casta de hombres que él

³ En la revista *Ciencia Cristiana*, IV y V (1877). Para un comentario sobre la relación Pardo Bazán - Darwin, véase HARRY L. KIRBY, Jr., "Pardo Bazán, Darwinism and La Madre Naturaleza", *Hispania* (Lawrence, Kansas), XLVII (Dec. 1964), número 4, págs. 733-737.

⁴ "La evolución de la materia", *Páginas escogidas e inéditas*, ed. Ramón Gómez de la Serna, Biblioteca Nueva, Madrid, s. f., págs. 92-94.

⁵ *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1949, VII, pág. 1.120.

considera “producto de una larga selección por las heladas de crudísimos inviernos y una serie de penurias periódicas, hechos a la inclemencia del cielo y a la pobreza de la vida”, son perfectos ejemplos de la aplicación negativa (mas nunca incomprensiva) del evolucionismo por las mentalidades más sensibles de la generación de 1898. Considérese que los hallazgos y pensamientos de Darwin no se interpretaban en España ni en el resto de Europa como un descubrimiento científico aislado, sino como complemento o dirección reveladora de tendencias muy variadas del siglo XIX: como la idea de Dilthey de que puede haber una ciencia del espíritu así como de los fenómenos naturales; la idea hegeliana de la historia como movimiento “dialéctico”, a veces revolucionario, hacia una armonía final; o Taine y su aplicación positivista de factores circunstanciales a la literatura; o, al principio del siglo XX, la “évolution créatrice” de Bergson. Aunque distintas, no es difícil ver que todas estas doctrinas comparten un concepto de “selección natural” o de la evolución y sobrevivencia de ciertos fenómenos culturales a través de la historia y Miguel de Unamuno —sobre todo el Unamuno de *Del sentimiento trágico de la vida*— veía con claridad su sentido dinámico y su interdependencia. Por aquella sorprendente amplitud intelectual, y por simple voluntad, Unamuno llegaba a examinar todo lo que le ofreciera una clave para el misterio de la personalidad⁶, y Darwin resultó ser una clave.

II

La inadaptabilidad al medio, la íntima soledad personal (y también la colectiva explicada en *En torno al casticismo*, “España y los españoles” y algunas partes de *Del sentimiento trágico*), y el pavor ante la muerte son tres de las condiciones anímicas que explican una inclinación natural de Unamuno hacia el evolucionismo. En sus novelas nos impresiona la frecuencia con que los protagonistas fracasan en su función y carácter humanos: Gertrudis (la tía Tula), Augusto Pérez, Joaquín Monegro, el suicida Apolodoro, San Manuel Bueno —todos sucumben por defectos de la especie. Todos ellos llevan a extremos casi grotescos los instintos exclusivos con que los seres humanos se distinguen de los animales: maternidad— pero no la meramente instintiva, “natural” y común de todas las criaturas—, sino más bien la espiritual, metafísica y hasta ideológica— en la tía Tula; la envidia bíblica e hispánica de Joaquín Monegro; el dilema ontológico

⁶ En una curiosa profecía escribe Unamuno en 1900 —en setiembre u octubre según me informa el DR. MANUEL GARCÍA BLANCO—, “llegará día en que los grandes principios científicos modernos de la conservación de la energía, de la unidad de las fuerzas físicas, de la evolución de las especies orgánicas, etc., sean dogmas religiosos, fuente de consuelo y de conducta para los hombres” (fragmento de una carta a B. G. DE CANDAMO, E, II, 66).

de Augustó Pérez; la terrible religiosidad no creyente de San Manuel. Todos inteligentes, sensibles, intensos, luchadores, pero también unos inadaptados, débiles y solitarios, cuya capacidad romántica para el sufrimiento no basta para que sobrevivan, sino que, al contrario, les encamina a muertes prematuras, causadas en cada caso por una hipertrofia del *ser*. El más fuerte de todos, el voluntarioso Alejandro Gómez, es también el más inadaptado; y su "triunfo" sobre Julia produce su propia destrucción. En un penetrante estudio José Emilio González señala una "oposición dialéctica" y dramática entre personalidades contrarias: "Frente a la envidia de Joaquín Monegro, el vanidoso egoísmo de Abel Sánchez o la helada soberbia de Helena. Frente al sincero buscarse de Augusto Pérez, la hipócrita astucia de Eugenia Domingo del Arco. Frente al asco de Gertrudis, el amor de Ramiro. Frente a las dudas de don Manuel, la fe ingenua y sencilla del pueblo"⁷. Luego observa González que mientras la oposición don Avito-Marina se resuelve en una reconciliación "hegeliana" ante el cadáver de su hijo, en los más de los casos se acaba el argumento en una decisiva victoria de un modo de ser sobre otro —"triunfo" es la palabra empleada, y tal vez sea lícito sobrentenderse "sobrevivencia del más apto" en esa guerra sin fin de las personalidades que constituye una parte básica del mundo novelesco de don Miguel.

Otra faceta de la disposición unamuniana al evolucionismo —entiéndase que en esta parte no hablo de influencias ni de relación intelectual alguna, sino de una receptividad espiritual e ideológica predeterminada— es también cuestión de sobrevivencia. Pero sobrevivencia en el sentido ontológico. Ahora la lucha no es la de personalidades dentro del ámbito novelesco, sino la del espíritu individual y representativo de la humanidad entera contra su propio destino y limitaciones genéricas. Es un concepto innato en Unamuno, pero también alimentado de diversas fuentes, desde la idea cristiana de la inmortalidad hasta la idea de Spinoza de la perseverancia del ser en sí mismo. Uno de los mejores ejemplos de esta lucha por el ser es el quijotismo unamuniano: al lado del mortal Cervantes, agente propagador, surge el inmortal Don Quijote, ente de ficción y ente creador que se perpetúa a sí mismo, pero prestándose siempre a nuevas "laws of variation" según la voluntad y talante espiritual del lector y las circunstancias en que éste vive. Todo el pensamiento de Unamuno se desarrolla en una serie de intentos "selectivos" del individuo humano contra la muerte —proceso instintivo e hipotético a la vez, en que el hombre nace, crece y se adapta (social, religiosa, económica, política y culturalmente) a su condición, pero también *como si fuera* inmortal. Su "agonía" es la inadaptabilidad a donde lo lleva inevitablemente su inteligencia especulativa.

⁷ "Algunas observaciones sobre tres novelas de Unamuno", *La Torre*, IX (julio-diciembre 1961), núms. 35-36, págs. 434-435.

III

En otra parte he dicho⁸ que Unamuno manifestaba desde 1895 hasta 1910 un interés muy activo en la ciencia y que su lenguaje metafórico de aquella época abunda en términos biológicos, geológicos y evolucionistas, especialmente en lo que se refiere a la historia⁹. Es a la historia, en gran parte, que se debe el entusiasmo de Unamuno por Darwin. Nos hemos aludido ya a la referencia en *En torno al casticismo* a los hombres castellanos como “producto de una larga selección” por las inclemencias e infortunios de su monótono existir intrahistórico¹⁰. Y en enero de 1901 atribuye a la teoría evolucionista un nuevo matiz histórico, según el cual “todo se ha visto en proceso, *in fieri*; a la concepción estática ha sucedido la concepción dinámica, o más bien genética de las cosas”¹¹. Cinco años antes había citado como “verdaderos hechos históricos... resultados del eterno hacerse” (no meros *sucesos* como las hazañas de Alejandro Magno, Julio César o Felipe II) —la ley de la renta del economista Ricardo y la de la selección natural¹². Es decir, los “hechos” son los procesos mismos, el continuo fluir de la vida creadora, sea en la naturaleza, la economía o la religión. Por eso llega a hablar en este discurso (leído en la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Sevilla e inédito hasta la publicación del tomo VII de las *Obras completas*) de las leyendas, el folklore y los mitos como elementos auténticos de la historia, pues son legítimas muestras del funcionamiento de *leyes naturales* en la historia; en efecto, lo que sobrevive muchas veces debe su sobrevivencia a un mito o una leyenda. El concepto histórico, siempre complementario en Unamuno de su concepto de la naturaleza, se halla ya perfectamente acomodado al evolucionismo natural en *En torno al casticismo*¹³. Para Unamuno, la historia medieval

⁸ “Unamuno and the Theme of History”, *Hispanic Review*, XXXII (Oct. 1964), número 4, pág. 320, núm. 4.

⁹ E. g., en *En torno al casticismo* (Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales, número IV, Madrid-Barcelona, 1902): “Hay que buscar lo eterno en el aluvión de lo insignificante” (pág. 59); “feudalismo paleontológico” (pág. 80); “una casta de hombres sobrios, producto de una larga selección” (pág. 93); “un alma viva... soterrada bajo capas superpuestas” (pág. 97); “Ensayo de biología lingüística” (subtítulo de *Vida del romance castellano*, en *Obras completas* (Madrid-Barcelona, 1950-1963), VI, 925; “Soy especie única” (*E*, II, 371); “evolución de las formas” (*E*, I, 650); “el trabajo de empolladura literaria” (*E*, I, 608); “un pobre espíritu fosilizado” (*O. C.*, X, 349); “oscuras madreporas sociales” (*O. C.*, VII, 477); “la histología de nuestro idioma” (*O. C.*, VI, 435).

¹⁰ *En torno al casticismo*, ed. cit., pág. 93.

¹¹ “Darwin” en *O. C.*, X, 95.

¹² “Sobre el cultivo de la demótica”, *O. C.*, VII, 474.

¹³ Todavía no se ha visto bien la trascendencia de este libro para la historia cultural de España. El propio Unamuno ofrece una bibliografía de obras dedicadas al mismo tema general en el importante prólogo de 1902: obras, es decir, publica-

(i. e., formativa) de España es un caso de "individuación creciente" de sus distintos pueblos¹⁴, así como para Darwin la historia natural ha sido, desde su origen unicelular, una serie de complejas individuaciones ("variations") también. En la sección "Diversity of Character", del capítulo IV de *The Origin of Species*, habla Darwin de las ventajas fisiológicas de variaciones en la estructura de los animales habitantes de una misma región¹⁵, y agrega que una diversificación existe, además, en la distribución de trabajo entre los varios órganos de un mismo cuerpo, dando así mayor universalidad a su teoría.

Pero la diferenciación medieval se transforma con los Reyes Católicos en unificación, con el predominio del pueblo más apto (por ser el más *universal*), Castilla¹⁶. Según Unamuno, la continuidad vital de Castilla se debe no a lo "castizo" (i. e., clásico, formalista, histórico), sino a lo intrahistórico, a lo que en el discurso ante el Ateneo de Sevilla en 1896 compara con "la silenciosa y oscura labor de las perdurables madrèporas, que sin cesar se sustituyen unas a otras"¹⁷. En la literatura clásica española "siguen viviendo *ideas* hoy moribundas, mientras en el fondo intrahistórico del pueblo español viven las fuerzas que encarnaron en aquellas ideas y que pueden encarnar en otras"¹⁸.

Son, pues, los verdaderos agentes *evolutivos* de la historia —y su verdadera sustancia— los elementos oscuros y anónimos: los pueblos y aldeas solitarios, el ingenuo pero también ingenioso campesino, las leyendas y romances, y sobre todo el idioma, porque el idioma no sólo expresa, sino que crea y es la más fiel representante de la personalidad individual y colectiva. "La más alta función del hombre es improvisar", nos dice en otra parte, y añade: "La historia no es organización, aunque para cumplirla la organización hace falta; la historia es creación, creación de valores personales, espirituales, humanos; la historia es la creación de la huma-

das después de 1895. Allí reconoce el *Idearium español* de Ganivet, que "ha sido acaso el libro que más ideas me ha sugerido en torno al casticismo castellano" (página 17). Pero la trayectoria de *En torno al casticismo* va más lejos aún, y es notable, por ejemplo, su afinidad "intrahistórica" con los escritos de Américo Castro.

¹⁴ *En torno al casticismo*, pág. 80. En "Sueño y acción" (*O. C.*, V, 48-49) Unamuno reduce (intencionadamente) el significado de "más apto" a una perogrullada, "¿más apto para qué?, ¿para sobrevivir?" Pero luego agrega que la fórmula de la sobrevivencia es "una profesión de fe" pues "esos pueblos e individuos que enarbolan la bandera de la sobrevivencia del más apto es que creen, creen por fe, creen en su propia mayor aptitud, se creen inmortales o poco menos. Sueñan, y porque sueñan obran. ¡Bendito ensueño!"

¹⁵ *The Origin of Species by Means of Natural Selection of the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, Collier Books, N. Y., 1962, pág. 119.

¹⁶ *En torno al casticismo*, pág. 81.

¹⁷ *O. C.*, VII, 477. Darwin tiene poco que decir de madrèporas o coralinas en *The Origin of Species*, pero las trata ampliamente en *The Voyage of the Beagle* (capítulo XX). Es también posible que Unamuno se informara acerca de ellas en los *Principles of Geology* de Sir Charles Lyell.

¹⁸ *En torno al casticismo*, pág. 85.

nidad y es la creación de Dios”¹⁹. En un “Ensayo de biología lingüística” que iba a formar parte de una extensa “Historia de la lengua española”²⁰, y que lleva como epígrafe una cita del *Prometheus Unbound* de Shelley (“He gave Man speech, and speech created thought / Which is the measure of the Universe”) establece don Miguel una clara teoría de selección natural para los idiomas:

Sentados estos principios, fijémonos en el hecho de que, al llevar el pueblo romano su lengua a las regiones sometidas a su imperio, chocó aquélla con los idiomas indígenas, entró en lucha con ellos y los venció, y la misma extensión del idioma del Lacio fué la concausa que, con la evolución de la fonética, dió lugar a los romances, escisión resultado del exceso de conocimiento.

Debe, ante todo, rechazarse la errónea creencia de que los romances nacieron de mezcla de las lenguas indígenas con el latín invasor. Las lenguas, como todos los demás organismos, no se funden al ponerse en contacto, sino que la una prevalece y la otra sucumbe; una lengua híbrida sería infecunda...

Una evolución lingüística no es una serie de mezclas, ni un río va engrosando por afluentes; es algo espontáneo e interno²¹. El carácter evolucionista de los comentarios lingüísticos es evidente en otros ensayos, como “Contra el purismo”, varias diatribas contra la Real Academia, “La individualidad de la palabra” y “Escarceos lingüísticos”. En este último describe dos fuerzas motoras en la vida de las lenguas, “la una más fisiológica, más psicológica la otra; la una, la fuerza etimológica, se reduce a la ley de la herencia; la otra, la fuerza analógica, a la ley general de la adaptación”²². Luego como ejemplo sencillo de analogía, que es la adaptación espontánea de ciertas formas, presenta el caso de *querido*, que por herencia etimológica debería ser *quisto*, pero la fuerza sugestiva, analógica de *tenido* y otros participios similares ha dado *querido*: un caso de adaptación circunstancial lógico, en que el elemento vivo sustituye al caduco, el español al latín. Mucho más podría decirse sobre el notable énfasis evolucionista a través de los ensayos lingüísticos de don Miguel, observando —de pasada— su coincidencia con un entusiasmo filosófico por el pragmatismo de William James; pero quédese a un lingüista la tarea de desarrollar ese tema en su debida amplitud²³.

¹⁹ “Discurso en la comida anual de la revista madrileña *España*, celebrada en el Hotel Palace el 28 de enero de 1917” (O. C., VII, 952).

²⁰ Véase “Vida del romance castellano” (O. C., VI, 925-978).

²¹ O. C., VI, 938-939.

²² O. C., VI, 419.

²³ FERNANDO HUARTE MORTON dedica una brevísima parte de su estudio *El ideario lingüístico de Miguel de Unamuno* a la “Lingüística biológica” (CCMdeU, V [1954], págs. 90-92, refiriéndose a dos o tres ensayos. Hizo su estudio, claro, varios años antes de publicarse el vol. VI de las *Obras completas*.

IV

El curioso doctor Montarco, el del diálogo "La locura del doctor Montarco", sugiere una de las muchas vueltas que Unamuno habrá de dar al darwinismo a través de su obra, recomendando a su interlocutor los *Problemas biológicos* de Rolph. Al hablar del más apto y del instinto de sobrevivir, Darwin ha pensado tan sólo en la auto-conservación, pero Rolph, dice Montarco, fue más agresivo: "No es instinto de conservación lo que nos mueve a obrar, sino sentido de invasión; no tiramos a mantenernos, sino a ser más, a serlo todo"²⁴. He aquí ya todo el empuje espiritual de *Del sentimiento trágico*, y el mismo lenguaje, *serlo todo*, el "¡Seréis como dioses!", de Génesis, ¡O todo o nada! Pero aquí el tema de auto-perpetuación, constante en todo *Del sentimiento trágico*, combina lo *instintivo* de Darwin con lo *espiritual* extraído del voluntarismo de Schopenhauer²⁵ como un salto de lo externo a lo interno. "La necesidad —dice Schopenhauer— es el reino de la Naturaleza; la libertad es el reino de la Gracia"²⁶. En efecto, el "serlo todo" unamuniano remonta directamente a *El mundo como voluntad e idea*, pero Darwin, muy lejos de ser rechazado en aquel momento culminante que es el capítulo VII de *Del sentimiento trágico*, ha sido reconocido y sus teorías utilizadas como punto de partida y como uno de los principales caminos de la exaltación de la voluntad.

La idea de Rolph citada por el doctor Montarco (no sólo conservarse, sino ser más) se repite en el excelente discurso pronunciado en el centenario del nacimiento de Darwin (el 22 de febrero de 1909) en la Universidad de Valencia²⁷. Es aquí donde mejor sintentiza Unamuno sus ideas acerca del evolucionismo, adaptando los principios de Darwin a su propio pensamiento y castigando a diversos sectarios e interesados que en nombre de la ortodoxia o del anarquismo habían tratado de incorporar el darwinismo a su mezquina dialéctica²⁸.

²⁴ E, I, 509.

²⁵ *Del sentimiento...*, E, II, 867: "La selección, la adaptación, la herencia, no son sino condiciones externas. A esa fuerza íntima, esencial se ha llamado voluntad ... el impulso de *serlo todo*, a ser también los demás sin dejar de ser lo que somos".

²⁶ *Die Welt als Wille und Vorstellung*, IV, cap. 70.

²⁷ Unamuno se dirigía en esa ocasión a los estudiantes de la Academia Médico-Escolar de la Universidad de Valencia. El discurso se reproduce en *O. C.*, VII, 786-809.

²⁸ Sin duda, don Miguel se habría asombrado de ver que todavía en 1964, en cierta región de mis Estados Unidos, un grupo de padres de familia quisieron prohibir la enseñanza del evolucionismo en las escuelas secundarias. Pero en este discurso de 1909 ya les había anticipado una respuesta adecuada: "Darwin murió seguramente agnóstico, pero hay que traer a la mente a este respecto aquellas palabras de Bacon de que mejor es no tener opinión de Dios que tener una que sea indigna de El. E indignas de Dios son las concepciones que de El se forjan los más de los que acusan de irreligiosa a la doctrina darwiniana" (*O. C.*, VII, 796).

Noble es la palabra que mejor caracteriza a este homenaje a Darwin, por ser, literalmente, una extensión espiritual de los principios de su evolucionismo y por ser “el hilo inteligible”, para utilizar la propia expresión de Darwin, que une los puntos vitales del pensamiento unamuniano. Aquí Unamuno armoniza los aspectos más trascendentales de su idea del hombre: la persistencia del individuo en su mismo ser (adaptado de Spinoza y comentado en la página 790), la universalización de la sed de ser eterno y el reconocimiento en las conciencias más altas —claro influjo de Schopenhauer— de que la vida *es* voluntad de ser²⁹, la cual, en el poeta Unamuno, viene a ser voluntad de *ser más*. Es, pues, por afinidad romántica y teleológica con Schopenhauer que Unamuno vuelve a recordar al biólogo Rolph: “La tendencia del viviente no es a conservarse —repite Unamuno—, sino a excederse, a imponerse, a absorber a los demás” (pág. 790). Y en materia de religión, tema que nuestro autor ha reclamado muchas veces como el núcleo de su obra entera, halla una precisa analogía con el principio de selección. El “modernismo” que aparece en la religión católica europea a fines del siglo XIX es ejemplo de la “variación espontánea” darwiniana “que en este caso se llama herejía. Sin herejías no hay progreso dogmático posible” (pág. 798).

Todo en su penetrante discurso confirma una profunda admiración por el sentido universal del evolucionismo de Darwin, y aún más, por su sugerencia de otro evolucionismo en la esfera espiritual. En esto parece que la “*évolution créatrice*” de Henri Bergson le ha servido de rico complemento. Del vasto y variado mundo natural pasa Unamuno al creacionismo espiritual del “verdadero hombre” que no se resigna a desarrollarse según el mundo lo va formando, sino que “se hace un mundo por el conocimiento y por la acción, y lo lleva en sí” (pág. 793). Luego menciona a Bergson, y cualquier lector de *L'Évolution créatrice* recordará que Bergson, así como su admirador español, habla en la sección “Fonction naturelle de l'intelligence” del salto de la materia a lo inorgánico:

La vie, non contente de produire des organismes, voudrait leur donner comme appendice la matière inorganique elle-même, convertie en un immense organe par l'industrie de l'être vivant. Telle est la tâche qu'elle assigne d'abord à l'intelligence³⁰.

No cabe duda; las meditaciones de Unamuno acerca del evolucionismo, desde Génesis (“Creced y multiplicaos”) hasta el *élan vital* de Bergson, y pasando por Spinoza, Malthus, el agonismo de Schopenhauer y sobre todo la lucha encaminada hacia la armonía última y total de Hegel, nos aclara bastante el enigma de su arte de la paradoja y de la antítesis.

²⁹ Véase *Die Welt als Willie und Vorstellung*, IV, cap. 71.

³⁰ Bergson, *L'Évolution créatrice*, Félix Alcan, Editeur, Paris, 1908, pág. 175.

Es decir, llegamos a comprender que las infinitas dualidades unamunianas, o *polaridades* más bien, del todo y la nada, del mundo y de la ficción, del personaje vencedor y del personaje vencido, del dogma y de la herejía, del espíritu y del intelecto, de la historia y de la naturaleza, resultan ser no tanto *polaridades* como *complementos* en el complejo y angustioso existir humano. El convertir a todos estos contrarios en complementos ha sido posiblemente la constante más significativa a través de la gran obra de Unamuno, proceso —lo confieso— no siempre claro, pero tampoco, ni mucho menos, oculto. De acuerdo con él, supo distinguir entre el cientifismo superficial de Spencer, y el profundo, regenerador, de Charles Darwin. Es de Unamuno la última palabra:

Volviendo a Darwin, cúpleme declarar que no puedo convenir con los que sostienen que su doctrina ha destronado al hombre, derribándole de aquel su puesto de rey de la creación en que se colocara. No, la doctrina darwiniana ha restablecido más bien, y sobre nuevas y más firmes bases, la suprema dignidad del hombre; la doctrina darwiniana ha vuelto a hacer de él la flor de la creación. Felicísimo estuvo el que llamó a Darwin el último de los profetas³¹.

PETER G. EARLE

Dept. of Romance Languages
University of Pennsylvania.
Philadelphia, Pa. 19104
U. S. A.

³¹ O. C., VII, 798.